

EL MONITOR DE LA VETERINARIA



PROPAGADOR DE LOS ADELANTOS DE LA CIENCIA

Y DEFENSOR DE LOS DERECHOS PROFESIONALES.

No se sirve suscripción que no esté anticipadamente abonada.

Se publica los días 5, 15 y 25 de cada mes.—PRECIOS. En Madrid por un trimestre 40 rs. por un semestre 79 y por un año 36.—En provincias, respectivamente, 44, 26 y 48.—En Ultramar por semestre 50, y por un año 90.—En el extranjero 20 por trimestre, 40 por semestre y 80 por año.

Se suscribe en Madrid, en la Redacción, Carrera de San Francisco núm. 13.—Librería de D. Pablo Calleja, calle de Carretas.

En provincias, ante los subdelegados de veterinaria, girando contra correos ó remitiendo sellos de franqueo, á razon de 31 por trimestre.

Por la ciencia y para la ciencia.—UNION, LEGALIDAD, CONFRATERNIDAD.

Aplicación del sistema Rarey.

Se sabe que el sistema Rarey es uno de los mejores y más seguros medios que pueden emplearse para reducir á los caballos indómitos ó resabiados á la obediencia (1). El veterinario Riquet le ha empleado en más de 80 y ha publicado una memoria, que no dudamos leerán con gusto nuestros suscritores, el extracto que de ella vamos á hacer.

De los 80 caballos, cuyos estados especifica, le parece que el vicio contra el cual el sistema produce ménos efecto, es el denominado en Francia, sin razón, *caballo amante del hombre*. Estas especies de caballos aprecian en lo general á la persona que les dá de comer; es raro que intentan morderla ni cocearla, pero cuando otras personas intentan aproximarse, se agitan, están inquietos, fijan con traición la vista en ellas, respiran como olfateándolas, roncán, manotean, menean la cola y hasta estercolan. Entre los 80 caballos sujetos á sus ensayos, sólo cinco han presentado este carácter, y cree que si dichos caballos, después de la lección, se los hubiese empleado en trabajos más llevaderos hubieran permanecido dóciles, á no ser que haya entre los caballos, como entre los hombres, naturalezas perversas que nada puede corregirlas.

Entraremos en algunos pormenores relativos á la psicología del caballo bajo el punto de vista de los experimentos á que nos referimos.—El caballo, como el mayor número de los animales pachidermos, á cuyo orden corresponde, es esencialmente doméstico, y es uno de los primeros que se aficionan al hombre; es decir, que es dócil y obediente; pero si por acaso se resabia, hace mal intencionado, es el más temible que puede imaginarse. Su docilidad ordinaria es causa de que no se desconfíe de él y por lo común se acude tarde cuando se quiere evitar sus ataques, cuando se nota su cólera en esta actitud especial que no es dable figurarla sin verla. Su ojo es amenazador y refleja los sentimientos que le agitan; rechina los dientes, produce resoplidos roncós ó dá gritos agudos, manotea, acechando al hombre al cual quiere alcanzar con los dientes ó con los piés en cuanto se aproxima, otras veces es con la más perversa intención y por detrás como ataca á su enemigo: por lo común, en estos accesos de malicia parece como abolido el instinto de conservación, y estos, furiosos, se abalanzan contra los objetos

inanimados que los rodean. Nadie conocería en un animal así el compañero dócil de sus trabajos, que tan liberalmente pone á nuestro servicio su fuerza, su instinto y su inteligencia material.

Si se estudia con cuidado al caballo, se vé sin trabajo alguno que está dotado de mucha memoria y reconoce fácilmente á las personas que le han maltratado y le han obligado á hacer servicios injustos, ó los objetos que le han producido espanto ó le han asustado.

Por poca y material que sea la inteligencia de los animales, no es dable negar su existencia, aunque muy diferente de la del hombre si se la compara con este rayo de la divinidad que creó al hombre á su semejanza. La observación y la comparación, consecuencia de esta memoria material, permiten que el animal aprecie la diferencia entre los buenos y malos tratamientos, por los grandes centinelas del placer y del dolor. Si se encuentra entre las manos de un hombre pacífico, de buen carácter, comprende la falta y la evita en seguida por temor al castigo, cuando éste se le impone á tiempo y no despierta uno de estos dolores que trastornan ó desbarrian «los productos de este pensamiento, de que el caballo, como dice el poeta, todavía no se ha desengañado.»

Citaremos las opiniones de Flourens referentes al instinto y á la inteligencia de los animales, porque estas opiniones son deducidas de la experimentación y se fundan en hechos que pueden considerarse como exactos, pero siempre bajo el concepto de que son un resultado objetivo de su inteligencia material.

«Segun los trabajos de Cuvier, dice Flourens, esta inteligencia se elevará por grados de los roedores á los rumiantes, de éstos á los pachidermos y de los pachidermos á los carnívoros y á los cuadrumanos. Es en la reflexión y en la libertad que este laborioso observador ha colocado el límite que separa la inteligencia del hombre de la de los animales. En una palabra, los animales *sienten, conocen, piensan*; pero el hombre es el único de todos los seres que tiene el poder de sentir que siente, de conocer que conoce y de pensar que piensa.» Todo esto procede de su inteligencia espiritual, muy diferente de la inteligencia material de los animales.

Hemos referido esta opinión de Flourens porque contradice formalmente la de los cartesianos, que niegan de un modo absoluto en los animales el don de la inteligencia. Por lo tanto debe tratarse al caballo como un animal inteligente; mas desgraciadamente el mayor número de los hombres que le cuidan obran bajo un método contrario y provocan en el animal los destellos de la malignidad, que mirándolo como se debe es una prueba de inteligencia, pues no es más que una reacción legítima de los malos tratamientos. Esta malignidad procede también con frecuencia del dolor que

(1) Véase para el sistema la *Higiene veterinaria*, por Casas, 2.^a edición, pág. 170.

el animal sufre durante el trabajo, cuando lleva más carga de la que puede soportar ó le incomodan ó lastiman los atalajes.

Un caballo percheron, de seis años, era un poco irritable cuando se le compró; poco á poco se fué aumentando su sensibilidad, y cosa de un mes ántes de someterle al sistema Rarey habia adquirido el hábito, en cuanto conocia que se acercaba la hora del trabajo, de morder y cocear á los que estaban próximos como para prepararse y coger ánimos para la lucha: despues cuando el palafrenero se acercaba para guarnecerle, le acometia á coces y á bocados. Prescindiendo de este momento estaba en calma y tranquilo, y sus accesos, que poco á poco llegaron á ser diarios, no se presentaban hasta la hora del trabajo, durante el cual probablemente sufría y procuraba evitarlo empleando estos medios de defensa.

Otro caballo no manifestó ninguna mala intención durante los cuatro años de su servicio; pero de pronto, cuando llegaba el momento de guarnecerle, se ponía furioso, meneaba la cola, empujaba á su compañero con la grupa y costaba mucho trabajo atalajarle. En cuanto estaba en el carruaje, se miraba á la espalda derecha, levantaba muchas veces la grupa, pero sin cocear; mas llegando hasta el parosismo de la cólera, procuraba morder y coceaba hasta el extremo de romperlo todo. Tambien era para este caballo el momento del trabajo el que originaba sus accesos de maldad: tal vez habia alguna cosa desconocida que desarrollaba periódicamente sus malas intenciones.

Un caballo tenia picores en la crinera y se frotaba contra cuanto podia: queriendo curarle de por sí el que le cuidaba, le frotó el sitio con una mezcla de azufre y esencia de trementina. El animal se vió tan fuertemente atormentado, que se puso furioso y desde aquel dia se manifestó muy cosquilloso y falso al atalajarle y ponerle el collaron.

La mala costumbre que tienen algunas personas de atormentar á los caballos los resabia, siendo á veces causa de accidentes trascendentales y graves.

Un caballo hacia ya cuatro años que prestaba su servicio de plaza diariamente, y como era conocido por ser muy manso y dócil, cuando estaba en el punto todos le acariciaban y con frecuencia le daban azucar, que le gustaba mucho. Una vez le ocurrió á uno de los cocheros darle, en vez de azucar, un poco de tabaco en polvo: el animal tomó con sus lábios una corta porción que le irritó la mucosa é hizo muchísimos gestos, lo cual originó la risa y dió margen á que se repitiera hasta irritar al caballo y ponerle furioso. Entrado en su plaza mordió al mozo que estaba confiado por su docilidad. Este accidente obligó á la Direccion de la Compañia de ómnibus á dar una orden para que no se repitieran semejantes acciones. El animal lo olvidó y dejó de estar resabiado. ¡Cuántos caballos hay que se han hecho mal intencionados despues de haber sido muy mansos, trasformando su docilidad en resabios á causa de no tratarlos conforme á su carácter y hacerles daño!

Los casos referidos y otros muchísimos ejemplares que pudieran citarse demuestran que casi siempre los resabios son producidos por una causa que suele pasar desapercibida, pero que con un poco de atencion sería dable descubrirla.

Entre los 1.000 ó 1.200 caballos que todos los años se compran para el servicio de la Compañia general de ómnibus, algunos, durante el primer tiempo de su servicio, se hacen difíciles por culpa de sus conductores, que no comprendiendo el que cambiado el animal de pronto sus costumbres, excitado por el ruido de los carruajes y calles de la poblacion se irrita ó espanta con facilidad, no deben reprimirsele estos movimientos muy bruscos con sofrenadas que

lastiman las barras ni latigazos en los testículos, porque es muy natural que el animal procure defenderse. Comprueba la verdad de este aserto el que tal caballo coceador ó difícil de guiar se hace dócil, manso y manejable entre las manos de un hombre que lo trata con cariño, sin maltratarle y con el tacto que debe hacerlo un buen cochero.

Algunas veces conociendo un caballo viejo que sus fuerzas no le permiten prestar el servicio diario que de él se exige y que le hace sufrir, se revela contra los hombres, arneses y carruajes, que mira como la causa de sus padecimientos. En tal caso no puede tomarse otro partido que darle de baja en el servicio.

Es innegable que el caballo por su natural es dócil, manso, noble, no mal intencionado y que si adquiere resabios procede de la brutalidad del hombre, del temor ó del recuerdo del dolor por los malos tratamientos, el espanto, miedo, etc.

La herradura es una de las causas más frecuentes: si se hierra á fuego, el ruido de la fragua, el humo del casco quemado, el aplicar la herradura demasiado caliente, etc., y que se hagan de aquel modo ó en frio las clavaduras, acodaduras y demás, son acciones contra las que obra el animal, sin que el hombre tome, por lo comun, la menor precaucion para acostumbrarle, antes al contrario suele castigarle, lo cual aumenta la causa del resabio.

Durante la limpieza, la accion brutal de la almohaza irrita la piel; durante el trabajo, una pieza mal colocada del atalaje, una brida impropia, una cadenilla barbada demasiado ardiente, la brutalidad de la mano, acarrear los mismos resultados funestos.

No satisfacer los deseos genésicos suele tambien acarrear el resabio en los animales, porque durante el celo son más irritables que en otra época, lo cual nada tiene de sorprendente puesto que no hacen más que obedecer á la ley de la naturaleza, que en este momento pone á los animales más furiosos, los hace más fuertes y sensibles.

Tales son, entre otras, las principales causas del resabio y maldad del caballo, que de modo alguno nace mal intencionado; se hace así generalmente por multitud de causas que le originan dolor, cuyo recuerdo conserva. Por lo tanto es un deber, una necesidad tratarle mejor, con más cariño que lo que por lo comun se hace, á fin de que conserve su nobleza y docilidad naturales.

La experiencia ha demostrado que para quitar los resabios, el sistema Rarey es eficaz; ¿pero cómo produce sus resultados? Hé aqui lo que procuraremos investigar en el artículo siguiente.

Parálisis del recto y de la vejiga á consecuencia de una fractura de la tuberosidad isquiática derecha.

Mi práctica de 26 años, la lectura de las obras publicadas y de los pocos periódicos de la ciencia, me manifiestan que las lesiones de los nervios en general y de los cordones nerviosos en su origen, han llamado poco la atencion de los veterinarios, puesto que son escasísimas las historias que se poseen de lesiones graves, y que hasta los síntomas de lo que se denomina parálisis, se han casi constantemente atribuido á alteraciones de los centros nerviosos. Tal vez proceda esto de que se ha descuidado el hacer como se debia las autopsias de los animales ó bien de no haberse presentado ocasiones á los profesores estudiosos y observadores. De desear sería que mis compofesores, aunque no fuera más que por el brillo de la veteri-

na española, redoblaran su celo para que sus asiduas y constantes investigaciones añadiesen nuevos hechos á los ya recogidos, pues lo que conviene es reunir materiales á fin de que con los escombros del edificio actual pudiera confeccionarse una veterinaria nacional, y muchas veces un grano de arena tapa un poro que muy bien pudiera carcomer lo edificado, pero que tapándole se afirma, asegura y eterniza. Con la idea de añadir una piedra insignificante, he formulado la siguiente observación que la casualidad me ha proporcionado.

El día 2 de Marzo del año de la fecha fui consultado por Don Bernardo Ariza, único propietario en la capital, pero que asuntos particulares le han obligado á venir á vivir á su quinta, La Glorieta, con su familia y servidumbre, distante dos leguas del punto de su residencia. Me dijo que uno de los caballos del coche le tenía casi baldado y que el profesor que le había asistido no acertaba con el mal, visto el tiempo que llevaba y que nada adelantaba.

Me trasladé con él á la Glorieta, y en presencia de D. Venancio Saiz, profesor de la casa, vi un caballo, raza española, de 7 años y unos 8 dedos sobre la marca, muy flaco y vacilante del tercio posterior, en su misma plaza. Reconocido; noté que los ijares estaban hundidos y encordados, tristeza, riñones elevados sin ceder al comprimirlos, aunque el animal indicaba sufrir dolor, la cola caída obedeciendo sólo á la ley de gravedad; los piés dirigidos adelante casi debajo del cuerpo. Mientras hacía el reconocimiento y D. Venancio historiaba, cosas que duraron más de 15 minutos, el caballo se puso varias veces en actitud de orinar, pero arrojaba sólo algunas gotas de líquido. En los esfuerzos que hacía, el ano sobresalía, se dilataba y permitía ver que el recto estaba lleno de excrementos. La tuberosidad isquiática derecha estaba mucho más baja que la izquierda; al comprimirla se sentía un ruido de fractura. Pulso acelerado y pequeño.

Segun manifestó D. Venancio, hacía seis días que el caballo se escurrió al bajar una cuesta y aculó, desde cuyo día comenzó á enflaquecer y á presentar los síntomas indicados, diagnosticando la enfermedad por una relajación de los riñones. Su método curativo consistió en excitantes de todo género en la region lombar, habiendo propuesto el fuego como último recurso.

Como pasé todo el día en la quinta, pude observar al caballo despacio, durante el cual continuaron los síntomas indicados: el animal procuraba inútilmente orinar y excrementar, estando acompañados los esfuerzos de una espiración fuerte, prolongada y quejumbrosa. Se le pusieron muchas lavativas, por cuyo medio arrojó pocos excrementos, teniendo que recurrir al braceo para desocupar el recto, y al hacerlo noté que la vejiga estaba distendida por la orina; pero comprimiéndola, el animal orinó y quedó vacía. No se echó en todo el día: bebió poco y agua pura, pues no quiso probar la que tenía harina. Comió un poco de avena en rama.

Opiné que la causa de estos síntomas era una lesión de la médula espinal en la region sacra ó del origen de los nervios de la misma; al mismo tiempo, la poca libertad en los movimientos del tercio posterior me hacía presumir que la médula lombar no debía estar intacta. Y como la causa evidente de todo había sido una caída sobre la punta de la nalga, sospechaba una congestión sanguínea en la médula y sus membranas.

Convenimos en hacer una sangría de 10 libras y aplicar en la region lombar un saquillo con linaza cocida y caliente: muchas lavativas del mismo cocimiento durante el día y la noche.

A invitación del dueño pasaba á ver el caballo un día si y otro no, aunque sus deseos fueron lo efectuase diariamente, pero me era

imposible por la distancia. Ninguna mejoría se obtuvo en los diez días siguientes: la defecación no se hacía de un modo activo por la contracción muscular, ni tampoco la excreción de la orina; era preciso bracear al animal.

En los ocho días siguientes se le sangró tres veces y se continuó con los saquillos de linaza y lavativas frecuentes, que después fueron de agua de jabón. Se le dió por alimento alcacel de regadío, pero á pesar de esto los excrementos eran duros y la orina muy oscura.

Dos días después ó á los veintiseis de enfermedad se le dió una onza de aloes con media de genciana, que se duplicó al tercero sin resultado.

Viendo que nada se conseguía, el dueño abandonó su caballo á los cuarenta días del accidente. Recordando yo que en el principio de mi práctica había tenido casi lo mismo una mula por igual causa, pues se escurrió y aculó tirando de la galera, siendo preciso matarla por lo inútil que fué todo tratamiento, no me opuse á dicha resolución, conviniendo con mi compañero en hacer una autopsia escrupulosa.

El 16 de Abril, después de quitada la piel, se encontraron grandes equimosis en la punta de la nalga derecha y en la de la grupa; los tegidos amarillentos y con algunos coágulos sanguíneos: el celular y muscular endurecido en algunos puntos. Comprimiendo la region posterior del sacro se la notaba móvil de arriba abajo, lo mismo que su unión con el ileon derecho y las demás articulaciones sin estar tan fijas como en el estado normal. Quitados los músculos que cubren á los huesos pelvianos, se vió una fractura conminutiva de la tuberosidad isquiática derecha, notándose mejor las lesiones indicadas de las articulaciones.

Puestos al descubierto los nervios sacros, estaban engruesados y más duros que en el estado normal, amarillentos por fuera y por dentro lo mismo que el tegido celular que los rodea, en el que había infiltraciones gelatiniformes, de un amarillo oscuro un poco rosáceo. Nada parecido había en la region lombar.

Las vísceras digestivas y el mismo recto no presentaban lesión alguna física. Los riñones, poco abultados, estaban de un rojo oscuro y la pelvis renal con mucho moco espeso con algunas manchas rojas. La vejiga muy distendida por la orina, con bastante moco en el fondo y rojiza la mucosa con mucha irregularidad.

Desarticulado el coxal del sacro, lo mismo que las cinco últimas costillas de con las vértebras y cortado el raquis á nivel de la que no se desarticuló, salió mucho líquido rojizo. Descarnada la columna vertebral y abierta á lo largo con precaución, no presentó ninguna lesión exterior en las regiones dorsal y lombar. Entre la última vértebra lombar y el sacro y en toda la extensión de este hueso estaban rojizas con irregularidad las membranas ó infiltrado el tegido celular que las rodea de una materia amarillenta; en la porción posterior había coágulos de sangre. Los pares nerviosos, antes de salir, estaban abultados, pero como estrangulados al pasar por las membranas, volviendo á aumentar de grueso. Los manojos nerviosos, sobre todo inferiores, eran de un blanco mate ó amarillento, con algunos hilos alargados y aun rotos, de preferencia los del lado derecho. Lo más que ofrecía la médula en la articulación lombo-sacra eran unos puntitos rojizos.

Todas estas principales lesiones explican de una manera satisfactoria los síntomas observados en el caballo durante la vida, puesto que la destrucción parcial de los nervios sacros de origen inferior y su estrangulación debía de acarrear la parálisis del recto y de la vejiga.

Si V. cree, señor redactor, que esta observacion merece ocupar un lugar en las páginas de *El Monitor*, le quedará agradecido su constante suscriptor.

Aguilar 5 de Junio de 1867. — *Pedro Sanchez Claro*, veterinario de 2.ª clase.

Estudio relativo al grupo de afecciones nerviosas á que en medicina veterinaria se da el nombre de inmovilidad (1).

Lo que dice Garsault nos asegura más nuestro modo de ver: «Se llama letargia, dice, porque el caballo que la padece está en un sueño continuo, duerme de pié, tiene cargados los ojos, pierde absolutamente la memoria y es tal su indiferencia, que no cierra la boca cuando la abre, ni para comer ni beber: á veces puede haber fiebre.

Este mal procede de los malos alimentos ó muy abundantes que habrán puesto á la sangre muy flemática y pesada.

Si no hay fiebre, convendrá hacer que el caballo sude mucho emantándole ó dándole fumigaciones ó dándole por mucho tiempo cocimiento de 2 onzas de zarzaparrilla echada en el agua que ha de beber, darle antimonio y mucho hierro: si hay fiebre se le sanará y tratará como en la calentura.»

Se vé que en esta descripción parece que Garsault reconoce dos grados ó dos formas en esta enfermedad: una más frecuente sin fiebre, crónica en cierto modo, y otra con fiebre que tiende á considerarse como una variedad de la primera. Es cierto que Garsault, aunque no dice nada de los autores griegos, parece como inspirado para escribir este capítulo más bien por la lectura de ellos que de su propia práctica. Es sabido además que este hippiatra era más teórico que práctico.

Solleysel, al contrario, fundándose más en sus propios recursos que en los de otros, no dice nada que se refiera á la enfermedad de que nos ocupamos. Pasa en silencio las letargias; pero se encuentra en sus obras con el nombre de mal de cabeza, mal de fuego, una enfermedad que tiene mucha analogía con la tifoidea de nuestros días.

Sea lo que quiera, llegamos á Lafosse que debe considerarse, no como el padrino de la inmovilidad (puesto que dice era conocida y designada con este nombre en su tiempo por herradores y chalanés), sino como su promovedor ó introductor en la ciencia.

«Es sorprendente, dice, que ningun autor haya hecho mencion hasta el día (1752) de la inmovilidad, enfermedad conocida por todos los herradores y tratantes en caballos y hasta colocada en el número de los casos redhibitorios. El caballo inmóvil no recula ó lo efectúa con suma dificultad, queda en el sitio que se le coloca, es decir, que si haciéndole andar se le detiene de pronto, conserva la postura, las manos quedan cruzadas, debajo de sí ó adelantadas; cuando se le levanta la cabeza, queda en la misma postura. Se vé que esta inmovilidad se parece á la que los médicos denominan catalepsia.

La inmovilidad es originada por el miedo, cuyo efecto puede ser tal que el animal muera como he visto. La inmovilidad suele

ser el resultado de una enfermedad larga, particularmente en los que padecen tétanos. He observado que los caballos mal conformados, cuya grupa es derribada y el dorso de camello, están más expuestos á la inmovilidad. También he notado caballos curados de una relajacion de los riñones que han quedado inmóviles.

En tal estado comen, pero despacio, y desmerecen muy poco á poco. Todos cuantos medios he empleado para curar esta enfermedad han sido inútiles, pues nada he conseguido con los sedales, estimulantes, sudoríficos, purgantes, ni con las aguas termales.»

Por lo visto, Lafosse admite, como caracteres más apreciables de la inmovilidad, la imposibilidad ó la grande dificultad de recular, así como la aptitud de los que la padecen á conservar posturas en que el equilibrio es más ó ménos instable. Sin duda estos síntomas se notan muy frecuentemente, pero nos parece que la lentitud de la masticacion, y fuera de esta accion, la soñolencia, la tendencia á no moverse, á estar sumamente quieto, son fenómenos todavía más frecuentes y más constantes en que Lafosse y sus sucesores hubieran hecho mejor en fundarse para establecer el carácter de la enfermedad. Veremos más adelante por nuestras observaciones personales y otras consignadas en los periódicos de la ciencia, que la soñolencia, la aptitud de permanecer con los remos cruzados, existen á veces con la aptitud para recular. Evidentemente es á la constancia de este fenómeno (la soñolencia, tendencia á conservarse fijo en la misma postura) á lo que debe el nombre que lleva, como otros tantos de la hippiatra que sólo recuerdan un síntoma principal y que por esto mismo puede parecer insuficiente á muchas imaginaciones positivas y clasificadoras, pero que deben conservarse hasta que se posean más conocimientos anatómicos y fisiológico-patológicos.

Este vicio se encuentra comprendido entre los redhibitorios por Chabert y Fromage de Feugre en la memoria que publicaron en 1804 con el título de *Ley relativa á la garantia de los animales*. Se encuentra comprendido entre los vicios redhibitorios que exigen una garantía corta por poderle conocer pronto. Hé aquí lo que dicen estos autores: «Se entiende aquí por inmovilidad la grande dificultad y aun imposibilidad de recular; los movimientos de costado son tambien muy trabajosos en el caballo inmóvil; cuando está parado ó de pié coloca sus manos una delante de otra y hasta las cruza, siendo esta su postura favorita. Si se le cruzan, no las descruza.»

Los caballos que padecen esta enfermedad se defienden cuando se los obliga á recular; algunos parecen más ardorosos y energicos en los primeros momentos del trabajo. El caballo inmóvil no puede prestar buen servicio y á veces expone á la persona que le usa.

Bastan 24 horas ó dos días para conocer este defecto, y siendo algo apreciable el caso debe ser redhibitorio.»

(Se concluirá.)

RESUMEN.

Aplicacion del sistema Rarey.—Parálisis del recto y de la vejiga á consecuencia de una fractura de la tuberosidad isquiática derecha.—Estudios relativos á la inmovilidad.

Por lo no firmado, NICOLÁS CASAS.

Redactor y Editor responsable, *Nicolás Casas*.

MADRID. 1867. IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

(1) Véase el número 24.